

sobre una cierta unidad del pensamiento de augusto comte: ¿ciencia y religión inseparables? *

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
LATINOAMERICANA
División Bibliotecaria

françois dagognet **

Traducción de LUIS ALFONSO PALÁU C. ***

Queremos subrayar la unidad del pensamiento de Augusto Comte que supo ligar muy bien entre sí las ciencias, las sociedades y sus principales manifestaciones, las artísticas o las religiosas. Pero no tanto relieves esa unidad (ese trabajo estuvo tan bien hecho que la cuestión nos parece cancelada) cuanto poner de relieve textos un poco marginales en la obra y que permitirían fundamentar aún más su coherencia.

Este texto se publica con la gentil autorización del profesor François Dagognet.

* Publicado en la *Revue Philosophique* dedicada a Augusto Comte, N° 4 de octubre-diciembre de 1985.

** Médico, Filósofo, Profesor en la Universidad de Lyon, luego profesor en la Sorbona, se jubiló siendo director del Instituto de Historia de las Ciencias y de las Técnicas de París.

*** Profesor Asociado, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Sede de Medellín.

* * *

De la secular ley de los tres estados, conservaremos sobre todo la idea de un momento metafísico particularmente pernicioso, dado que es indeterminado, favorable, **ipso facto**, a las abstracciones y a las destrabazones. Estas engendran muy rápidamente el individualismo, la anarquía, e incluso las divagaciones: el "estado positivo" se caracteriza afortunadamente por lo inverso: su organicidad, su gusto por la inscripción, la simbiosis tan aplaudida de lo espiritual y de lo corporal, del progreso y del orden, o también, la implantación de la idea en sus soportes.

No extraigamos de ello un materialismo cualquiera, muy por el contrario: Augusto Comte nunca separó lo objetivo y lo subjetivo (en la Humanidad). Entre más se adhiere a lo espiritual, e incluso a lo sagrado, tanto más consagra, metodológicamente,

te el anclaje, el existente, en un movimiento resueltamente anti-intelectualista y anti-idealista. Desde el comienzo hasta el fin nos inspiraremos en sus precisas recomendaciones.

Por lo demás se conoce la escena de conjunto dentro de la cual el positivismo cree situarse; la Revolución, luego el Imperio han sacudido a tal punto a Europa que se busca la estabilidad. No se puede volver al antiguo orden, retrogradación querida por los tradicionalistas como Chateaubriand, de Maistre o de Bonald, y mucho menos sostener el individualismo crítico que demuele o desnaturaliza. Conviene menos restaurar que instaurar y reorganizar la sociedad. Pero sin entrar en el examen de las proposiciones de Comte, conservemos la idea nueva y central que ordena muchas consecuencias fenoménicas: por todas partes interesa huir de lo sobrenatural que tiende a aislarse y dedicarse más bien a las estructuras. Uno no se puede evadir.

De aquí proviene ya la hostilidad de Comte con respecto a la institución filosófica y universitaria, pues ella se dedica a desarraigar y a diseminar el estudio de las palabras, como si fueran entidades. Según el **Sistema de política positiva**, ella abriga la corporación metafísica, la más dañina bajo todos los respectos. Se comprende igualmente la ardiente simpatía de Comte por el **"fetichismo"**, superior al politeísmo como a todo teologismo. ¿No será porque rechaza el sobrevuelo y predica una coincidencia con la realidad? "El fetichismo sobrepasa teóricamente el teologismo, tanto en doctrina como en método, incluso con respecto al mundo inorgánico. Hasta el pleno advenimiento del positivismo, su conjunto constituyó realmente la mejor manifestación de la sana lógica y la mejor aproximación al orden general"⁽¹⁾.

1. Aquí nos remitimos a la exposición de Georges Canguilhem ("Historia de las religiones e historia de las ciencias en la teoría del fetichismo de A. Comte", in *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*, Vrin, 1968. Tr. esp. in revista *Sociología* N° 11, Medellín: Univ. Autónoma Latinoamericana, 1988), que plantea los basamentos de esta defensa.

Se juzga pues mal al positivismo; es por esto que subrayamos gustosos su exigencia o intuición axial: la defensa "de las localizaciones", a cualquier precio en todos los dominios, incluido el religioso.

Precisamente el fetichismo escapa a esta condena. El refuerza nuestros lazos con la tierra, mientras que el pensamiento metafísico nos desenraíza y nos arrastra hacia las palabras solas, lo irreal y lo peligroso.

A este respecto, señalemos inmediatamente que, en su **Catecismo**, Augusto Comte considera no solamente que los árabes deberán o deberían dedicarse a expulsar los europeos de Argelia —presentamos disculpas por esta anotación que podría herir a algunos, pero ella se encuentra en el **Catecismo**, en la página 373 de la edición apostólica— sino que Augusto Comte piensa también que los africanos pueden ganar la guerra Norte-Sur que tarde que temprano estallará. ¿Por qué? Ellos podrían pasar directamente del estadio fetichista a su cuasi-homólogo el positivismo; evitarían entonces la perniciosa mediación-desviación metafísica.

Esta no constituye pues un eslabón obligado. Se puede y se debe en lo posible, eximirse de este pensamiento de la demolición, de esta explosión negativa e incluso negativista que caracteriza la Edad Clásica, sino la revolucionaria. Ella se expresa tanto en los dogmas surgidos del protestantismo (el individualismo absoluto) como en las filosofías de la subjetividad, como la de Rousseau. Ahora bien, siempre en Comte, ha sido denunciada la orientación anti-estatal o reivindicadora que quiebra ya la comunidad y sus vínculos en beneficio de un sujeto aislado. Quizás el fondo del positivismo resida en la preocupación por las- trar, inscribir e insertar.

Insistimos sobre esta anotación con el fin de arrancar también al positivismo de un simple evolucionismo, al cual se lo reduce a veces, como si el primero (el fetichismo en este caso) debiera ser sacrificado a lo que seguiría.

La ciencia, tal como la concibe Augusto Comte, sirve sobre todo su propósito metafísico a su manera: el de favorecer nuestra atadura a lo real, su habitación, como su rehabilitación.

Se nos opondrá sin duda la glorificación que hizo de las matemáticas⁽²⁾, ciencias abstractas a la cabeza de la tan conocida clasificación. Pero, además de que Comte no deja de amarrarlas, en cuanto a sus orígenes, a prácticas efectivas llevadas a cabo sobre el terreno, él no ha dejado sobre todo de definir las como "una física del objeto cualquiera". Ellas examinan más bien la materialidad exangüe que la idealidad; por lo demás, de acá su valor: liberadas de las particularidades embarazosas, ellas autorizan aproximaciones y coordinaciones, sirven a la extensión del espíritu científico, ponen fin a las "insularidades" favorables a la física metafísica. Se preocupan pues de las puras cantidades o de las solas relaciones entre los elementos. A este respecto se comprende también el culto dedicado a Descartes, porque con él la geometría (el espacio, la situación) ha sido reducida al análisis (la dimensión), y ello con el fin de aprehender mejor la "forma" misma y también, a través de ella, la serie de todas las formas imaginables o posibles. Se trata de un paso de la cualidad a la cantidad que la especifica mejor. Por ello no se abandona el suelo de lo real, al contrario, se lo aprehende en su constitución. Se lo capta incluso en su ley generadora y, a partir de allí, se multiplica los datos. "La invención de las formas se reduce actualmente a la invención de las ecuaciones —según el **Curso**— de suerte que nada es más fácil que concebir nuevas líneas y nuevas superficies, cambiando a voluntad las funciones introducidas en las ecuaciones. Este simple procedimiento abstracto es, bajo este respecto, infinitamente más fecundo que los recursos geométricos directos"⁽³⁾.

2. Retomamos aquí algo que hemos desarrollado en otra parte. Que se nos permita y que se nos excuse.

3. *Cours de philosophie positive*, ed. Hermann, 1975, p. 162.

Descartes abre por lo demás el camino a Monge, igualmente alabado y quien ha "clasificado las superficies en familias naturales, establecidas a partir del modo de generación y expresadas algebraicamente por ecuaciones diferenciales comunes..."⁽⁴⁾. Previamente, Monge había logrado traducir un volumen, es decir una geometría de tres dimensiones, en una proyección, construcción plana equivalente; ahora bien, esta transformación es fructífera por numerosos títulos, así sólo sea porque se libera tal o cual figura de su particularidad y se la transpone, sin alterarla, en una generalidad gráfica que la aclarará pronto; como lo escribe Augusto Comte, es necesario felicitarse de que se pueda entonces "representarse claramente un vasto conjunto variable". Tampoco hay que olvidar de paso, las aplicaciones de este método a las artes de la perspectiva y de la construcción.

En suma, la matemática, o ciencia de las relaciones, mejor que ninguna otra disciplina, nos aleja del falso real y penetra también en una fenomenidad a la que limpia de sus sombras ontológicas (por ejemplo, Fourier y la terminología). No se podría concebirla ni como una escritura, un juego de símbolos —y Comte critica a Condillac, y más allá de él a todo formalismo— ni como una escuela de abstracción, puesto que nunca se abandona la referencia a los propios cuerpos, enfrentados solamente desde su ángulo más amplio (especie de universal concreto). Augusto Comte conoce sin embargo y estigmatiza la tentación del paso al límite que consiste en saltar al vacío y desprenderse de toda determinación: "Las ideas de las que él (el análisis matemático) se ocupa son las más universales, las más abstractas y las más simples que podamos realmente concebir. No se podrá tratar de ir más lejos, bajo estas tres relaciones equivalentes, sin caer inevitablemente en las ensoñaciones metafísicas. Pues ¿qué sustrato efectivo podría permanecer en el espíritu para servir de sujeto positivo al razonamiento, si se quisiera ade-

4. *Ibid.*, p. 195.

más suprimir alguna circunstancia en las nociones de cantidades indeterminadas, constantes o variables... con el fin de elevarse a un pretendido grado superior de abstracción, como lo creen los ontologistas?"⁽⁵⁾. Contrariamente pues a lo que se podría creer, la matemática sigue siendo la más **arraigada** y la más "cosista", incluso en sus momentos aparentemente más abstractos o trascendentes, es decir más generales y más relacionales, mientras que ella trabaja en quebrar los falsos recortes, las separaciones, allí donde se desarrollan las "entidades" que sólo tienden a explicar lo real por sí mismo (por ejemplo el calor por la caloridad) y a cerrarlo sobre sí. "Las mismas relaciones pueden existir en un gran número de fenómenos diferentes que, a pesar de su extrema diversidad, serán enfrentados por el geómetra como ofreciendo una cuestión analítica susceptible, en el momento de estudiarla aisladamente, de ser resuelta de una vez por todas... Habiendo sido tratada la parte abstracta con ocasión de una sola de ellas (las cuestiones) se encontrará el ser, por esto mismo, para todas las otras"⁽⁶⁾. Creemos haber descartado así la objeción de una ciencia primera (la matemática) afectada de desarraigo. En resumen, desconfiemos de la matemática mal concebida, cuando sólo trata de símbolos o cae en un formalismo que se emancipa; en realidad, para Comte, las fórmulas y los signos continúan representando los cuerpos, desahogados de lo que los falseaba. La matemática transpone la realidad en su esencialidad misma. Sobra decir que los misticismos platónico, pitagórico, o incluso cartesiano, serán fustigados de paso. Ninguna aventura trascendente es aceptada ni aceptable.

Seremos breves sobre la físico-química, pero aquí también es propuesto el abandono de las entidades independientes. Augusto Comte reprueba también lo que tiene que ver con la búsqueda de las causas, de todo lo que nos conduce a hipótesis in-

5. *Ibid.*, p. 76.

6. *Ibid.*, p. 73.

verificables o huecas sobre la estructura de los cuerpos. "¿Qué puede ser el calor concebido como existiendo aparte del cuerpo caliente? ¿La luz independiente del cuerpo luminoso, la electricidad separada del cuerpo eléctrico? ¿No son puras entidades tanto como el pensamiento enfrentado como un ser independiente del cuerpo que piensa o la digestión aislada del cuerpo que digiere? La única diferencia que las distingue de las antiguas entidades escolásticas es que se ha sustituido seres abstracto por fluidos imaginarios cuya corporeidad es equívoca". De esta manera, la característica del abordaje sin duda metafísico —y no físico— consiste claramente en desligar y en encarar los fenómenos con independencia de los cuerpos que los manifiestan.

Pero, para dar un ejemplo, éste no es el caso de Coulomb que descubrió, con la ayuda de su instrumento electrométrico, la ley relativa a la variación de la acción eléctrica inversamente proporcional al cuadrado de la distancia. Otra ley de Coulomb que Comte valoriza: la repartición de las cargas de la electricidad llamada estática en la superficie de los cuerpos. "Coulomb constató un hecho importante al comparar el estado eléctrico de las extremidades de un elipsoide gradualmente alargado. Reconoció que la electrización de las extremidades aumenta a medida que la figura se alarga, disminuyendo sobre el resto del cuerpo". De aquí que pronto se presentará como consecuencia el pararrayo de Franklin, así como la explicación asegurada del poder de las puntas. Las leyes del equilibrio eléctrico, su repartición no dependen de la naturaleza de las sustancias sino solamente de su figura y de su tamaño. La aplicación nos asegura el ajuste a lo real y a sus leyes.

Una simple palabra sobre la química. Era necesario que Comte, tras la huella de Berthollet, alejase la oscura y fuliginosa teoría de las afinidades y mostrase, en las combinaciones, la sola intervención de factores mecánicos (masa, concentración, temperatura).

Nos detendremos un poco más en la Biología, disciplina central en el **Curso**. Ella nos ayuda a precisar mejor y asentar nuestro filosofema: el sentido, en Comte, de la solidaridad entre la idea y lo real, la glorificación del cuerpo, del sustrato, la dedicación a lo que inscribe o se inscribe.

De un extremo al otro de su obra, la filosofía de Comte libra la guerra a la ontología, desarrolla una concepción "localizadora". De aquí resultan numerosas consecuencias; desprendamos algunas de aquellas que podrían fortalecer nuestra conclusión: la consagración de los lugares y de los medios.

1) Si el peligro viene siempre de la indeterminación, no distingamos ya más —especialmente en biología, ciencia cada vez más central en el positivismo—, los órganos de las funciones (e inversamente); cuidémonos también de entregar los sustratos a un desmigajamiento que los echa a perder, so pretexto de examinarlos, como por ejemplo, la excesiva histología celular. Sólo conviene abrazar los conjuntos y abrirse a las "conexiones". Asunto sin embargo bastante delicado, pues en efecto, por una parte la ciencia debe descubrir la sede de la función, y por la otra no se podrá comenzar por el estudio estructural, pues éste es un procedimiento destructor, inspirado en la física, que pierde de vista "la totalidad", la única simbiosis real "acto-agente". Es verdad que Augusto Comte oscila en este punto fundamental: por un lado subraya la importancia del abordaje anatómico que abre el camino a la biología positiva y expulsa los fantasmas claramente incapaces de alojarse en alguna parte; la historia de las ciencias lo confirma puesto que la escuela vesaliana logra sustraer la fisiología de la metafísica e, **ipso facto**, fundamentarla sobre bases positivas. Pero por otro lado, el **Sistema de filosofía positiva** nos pone en guardia contra ese tipo de aproximación irrealista: se corre el riesgo de fraccionar, e incluso de quebrar las estructuras porque se las desliga de sus papeles. ¿Será necesario de alguna manera comenzar por lo "bajo", los medios del ejercicio, o por lo alto, es decir los actos

en sí mismos, dispuesto a buscar situarlos luego? Indiscutiblemente, importa subordinar la anatomía a la fisiología superior: "La estructura de un aparato cualquiera, rara vez indica sus funciones"⁽⁷⁾. Peor aún, esta desviación lógica, este recorte falsamente objetivo, las fabrica arbitrariamente; por ejemplo —volveremos sobre esta cuestión— "en un aparato tan confuso como lo es el cerebro, el vínculo y la homogeneidad de las partes son más completas que en cualquier otro lugar. Se explica fácilmente la imposibilidad constatada de determinar el verdadero número de esos órganos. Todas las tentativas de su enumeración directa sólo han conducido siempre a debates interminables... Si Gall, y sobre todo sus discípulos han multiplicado demasiado los órganos cerebrales fue a causa de haber analizado bastante sus funciones"⁽⁸⁾. Sin embargo, estas afirmaciones sufren un poco al ser aproximadas a lo que las precedía en solo algunas páginas: "Estudiando convenientemente las relaciones anatómicas de los órganos, e incluso su estructura parcial, se puede contribuir mucho a perfeccionar el conocimiento de sus funciones"⁽⁹⁾. Este ligero flotamiento (entre el análisis y la síntesis, que a pesar de todo se impone) no impide la claridad de la tesis: estática y dinámica se ayudan y se reciprocán enteramente. La duda sólo se presenta sobre el método o la cronología: ¿por cuál fase comenzar?

A decir verdad, para evitar esta antinomia en biología, se reduce precisamente la parte de la experimentación directa y se le pone muchísima atención a los sólo cuadros sinópticos (los comparativos gracias a la patología, los seriales con la zoología). Nadie tanto como Augusto Comte, y para todas las ciencias, ha privilegiado hasta este punto la taxinomía; aquí mismo, la lectura de los paralelismos y de las rupturas de contacto entre los aparatos y sus poten-

7. S. Ph. P. [*Sistema de Filosofía Positiva*], p. 671.

8. *Ibid.*, p. 676.

9. *Ibid.*, p. 647.

cialidades nos aclara de forma verdadera; en el movimiento de conjunto sorprendemos particularidades, la combinatoria de las implicaciones y de las exclusiones.

Los enemigos del positivismo se han burlado de sus advertencias y de sus "errores": ¿cómo ese teórico de la ciencia pudo desautorizar una biología celular que pronto habría de tomar su desquite, burlarse de sus prohibiciones y desarrollarse atrevidamente? ¿Y por qué esta censura? Pero no vayamos tan rápido. Ante todo en el **Sistema**, Comte le baja el tono a esa antigua reserva con respecto a la micrografía; reconoce a Schwann como el que perfeccionó la anatomía "general o más bien abstracta", el que prolongó a Bichat por medio del examen del tejido celular "única base de toda estructura orgánica" ⁽¹⁰⁾.

Sobre todo apresurémonos a darle la razón a Comte: mientras que el científico no posea con qué analizar un tejido, discernir sus constituyentes y los numerosos organites del citoplasma, conviene efectivamente llamarle la atención. Corre peligros. La biología molecular de ninguna manera reprocha a Augusto Comte: las transformaciones bioquímicas no se separan de las microestructuras que es necesario analizar (membranas, compartimentos, cadenas y lazos, etc.). La vida no está suspendida en el vacío, sino que supone **dispositivos** en donde se regulan los intercambios y las transformaciones ⁽¹¹⁾.

2) Tema no menos constante y demasiado conocido como para que no tengamos que detenernos en él: la anti-ontología nos alejará de la búsqueda de las causas,

10. S. Ph. P. t. I., p. 649.

11. Sobre este punto, démosle la palabra a un joven historiador de las ciencias: "Una célula no es una botella llena de una mezcla más o menos homogénea de sustancia en estado coloidal. Una célula es, como todo el desarrollo de la biología celular del siglo XIX lo ha mostrado, una topografía molecular inteligible de una manera enteramente no ambigua a partir de su significación funcional. Es una correlación de una estructura y de una función" (C. Debru. *Le nouvel objet biologique*. Ejemplar dactilografiado, t. I, p. 200).

en provecho de las solas leyes fenoménicas, de los lazos de superficie. Sana prescripción: no vayamos más lejos —trás el espejo—, a los falsos abismos o a las negras profundidades. Allí no se encuentran más que nuestras ilusiones enfermizas; y ese vacío nutre los monstruos de lo imaginario (las fuerzas, las energías, los arques) que, a su vez, conducen a falsos misterios y alientan sistemas políticos atrasados tanto como malhechores. Carecemos de acciones contra ellos puesto que, gracias a una **deslocalización** que les sirve, se nos escapan. La regeneración científica, como se sabe, permitió lo esencial, es decir la verdadera reforma social, la curación del más eminente de los cuerpos, el social.

3) Si el exterior no puede en ningún caso dirigir la interioridad, ni siquiera la más mínima de todas, la vegetalidad, con mayor razón el viviente no podría abstraerse de ello; por esta razón Augusto Comte predica, con todas sus fuerzas, que se tengan en cuenta los "medios", que según él han sido muy descuidados. La existencia más pobre no puede desenvolverse en el vacío; ella debe ponerse de acuerdo con las circunstancias y con las condiciones. Fiel en esto a Lamarck, Comte reprueba "el ascendiente demasiado prolongado ya que ejerce sobre la mayor parte de los fisiólogos una vana filosofía metafísica, que representa abstractamente los cuerpos vivos como sustraídos, por su naturaleza, al imperio de las leyes físicas..." ⁽¹²⁾. Por ejemplo, la gravedad no doblega los organismos a ella, ni los sujeta, pero ellos deben componer con ella; el examen de esta influencia ayudará a concebir mejor la interpenetración, la mutua coordinación. Paralelamente se impone el análisis de otros factores, como el aire, el agua, el calor, la luz, así como también el estudio de los límites dentro de los cuales puede subsistir el animal. Que no hay función sin órgano, seguramente es el leitmotiv, pero tampoco hay aparato en sí, por fuera de un entorno.

12. *Cours*, Hermann, T. I., p. 799.

¿Por qué entonces la biología se ha hundido tan rápidamente en la arena movediza y se ha perdido en las abstracciones? Razones históricas explicarían en parte este deslizamiento: Descartes, y después Boërhave, desconocieron demasiado las articulaciones y la jerarquía, redujeron la vida a la sola fisicoquímica; vino entonces la inevitable reacción oscilatoria, **que nos dio las aberraciones stahlianas**. Se sustrae entonces el organismo de lo que lo rodea, se lo oscurece y se lo puebla de misterios. Se captan entonces las consecuencias del reduccionismo, que favorece su desbordamiento inverso, pero para Comte, lo contrario de un sistema sigue siendo siempre el mismo sistema del cual se creía escapar. Augusto Comte rehúsa descender esta pendiente; por consiguiente, él persigue lo vago y lo oscuro; busca aprehender la efectividad del viviente; y, en lo que concierne a la vegetalidad mínima, la implanta e insiste en los dos movimientos complementarios que la caracterizan, entre los cuales ella se intercala: la absorción y la exhalación, la entrada y la salida. Ninguna materia es enteramente asimilable (es indispensable la preparación) y la eliminación supone igualmente notables transformaciones. Es evidente que, entre más se eleve uno en la serie animal más se complica el problema metabólico (digestión sólida o gaseosa, excreción).

Evidentemente que Augusto Comte no ha querido dar cuenta del vegetal por medio de lo circunstancial, sino que ha buscado evitar el sustraerlo de su "exterior" del cual depende, en el cual no cesa de debatirse y con el cual intercambia. Creemos que por todas partes se impone la misma filosofía-metodología: el rechazo a aislar y por tanto a desarraigar.

4) La inanidad de la psicología en tanto que tal (el alma) proviene de aquí directamente. Ella sólo existe a la sombra de la teología y de la metafísica. La antropología verdadera no tiene sentido más que si se la vuelve a colocar dentro de una disciplina más amplia, aquella que, ya a la manera de Gall, no sustrae más al individuo de sus

predisposiciones afectivas (independientes, como las actuales pulsiones hereditarias) y se preocupa incluso, como se debe, de sus localizaciones (el constitucionalismo).

El famoso vínculo "órgano-función", en torno al cual dan vueltas nuestros análisis, no podría ser abolido con el hombre; muy por el contrario: el psiquismo, a la vez intelectual y afectivo, no puede plantearse por fuera de un aparataje nervioso (la frenología craneoscópica) en la cual reposa y se concreta. Mejor aún, en el individuo, el neocortex parece una de las sedes de las conductas más eminentemente "reflexivas", ya sea que compare los datos, ya sea que los coordine. Comte le abona al crédito de Gall muchos descubrimientos importantes: por ejemplo, "rectificó una antigua aberración biológica, al atribuir el conjunto de las funciones superiores al solo aparato cerebral. Para apreciar la importancia y la dificultad de este último servicio es suficiente con recordar que las pasiones eran atribuidas aún a las vísceras vegetativas, no solamente por Bichat... sino incluso por Cabanis" ⁽¹³⁾.

Tanto peor para sus detractores, pero Comte nunca cayó en los excesos ni las graves rutinas de los frenólogos que denunció. Por lo demás, el estudio del cerebro le ofrecía la ocasión de probar la pertinencia de su método subjetivista (contra el objetivista de Gall, desconsiderado por sus construcciones como por el desmigajamiento a donde conduce) y de renovar nuestra cuestión, el vínculo entre el sustrato y la función, o incluso, más generalmente, entre el cuerpo y el alma. Esta es una de las más bellas fórmulas del **Sistema**: "A menudo se ven cuerpos sin alma, pero no se ve ninguna alma sin cuerpo" ⁽¹⁴⁾. Entonces ¿qué mapa es aceptable para el cortex? El **Curso**, tanto como el **Sistema**, toman claramente sus distancias con respecto a la frenología **stricto sensu**; Gall fabricó una increíble escolástica que nos introduce en

13. S. Ph. P. T. I., p. 670.

14. *Ibid.* T. I., p. 587.

lo ficticio y lo artificial, el reverso de lo positivo. Por ejemplo, la craneoscopia fantástica llega hasta prever un "emplazamiento" frontal para la pretendida "propensión a las matemáticas" (una protuberancia). Comte sólo considerará tres zonas: la intelectual, la afectiva, la sensoriomotriz, no sin dejar de conceder la mayor importancia a la segunda, mediana, continua.

5) Sería interesante también encarar al detalle las críticas, como los eminentes méritos, de los Bichat, de Blainville, Lamarck, Cabanis. Todos son revaluados.

Dejaremos de lado este estudio excesivamente puntual; pero de él volvería a salir sin embargo la misma conclusión: el alejamiento de los puntos de vista metafísicos, considerados como flojos, la **aversión por lo indeterminado**, es decir lo quimérico y lo incontrolable.

Por ejemplo, Bichat el romántico se ha equivocado al definir la vida como una lucha contra la muerte. ¡Falso drama imaginario, puras abstracciones! El **Sistema** insiste sobre ello: "Tales aproximaciones están inspiradas por hábitos teóricos emanados del régimen metafísico, que suponía por todas partes lazos confusos... De esta forma, el verdadero espíritu positivo de ninguna manera trata de explicar la muerte como una consecuencia necesaria de la vida..."⁽¹⁵⁾. El positivismo nos aleja de estas aproximaciones grandiosas y ociosas; trata siempre de descomponer y de circunscribir bien, en lugar de fundir y de mezclar; es excelente para clasificar, distribuir y comparar. Las vastas reunificaciones analógicas o metafóricas le parecen un vestigio del espíritu místico que infiltra aún la biología de Bichat. Al mismo tiempo, la religión de la Humanidad que él funda, nos cura de la angustia de la desaparición por medio del culto de los muertos, siempre religados a los vivos.

Lamarck también habría caído en la misma falta; nunca se comete sino ésa. Ce-

15. S. Ph. P. T. I., p. 589.

dió a la irracional y vana hipótesis de la variabilidad de las especies (quiméricas génesis o desórdenes). Aquí la vida se metamorfosearía: pasaría a través de los sustratos, a los que contornearía, a los cuales escaparía en parte. Y cometió un error complementario: amplificó abusivamente la influencia de los medios. Se entiende bien que Comte sea partidario de la fijeza de los organismos. ¿Qué sería para él un cambio —la modificabilidad, como la llama— por fuera o por encima de las estructuras? Para nosotros el comtismo se sostiene precisamente en la defensa de los vínculos entre la estática y la dinámica, o entre el cuerpo y el alma.

Nada de teología o de metafísica, nada de "en sí", nada de independencia ni de flotamiento; sino sería necesario, en el extremo de este camino, admitir también un poder absoluto tiránico, susceptible de decretarlo todo, por tanto, sin respetar nada (solo la verdadera dialéctica nos salva de la dictadura). El estudio de los cuerpos nos introduce a una sociología política orgánica, puesto que precisamente el orden condiciona aquí el progreso o el movimiento. Si "todo fuese posible" —solución del voluntarismo radical y arbitrario— se volaría hacia la catástrofe e incluso hacia las peores violencias. La ciencia de las interrelaciones entre lo físico y lo moral sirve de barandilla; es por esto que la transformación social supone previamente los aprendizajes científicos, la subordinación de lo subjetivo a la realidad.

Broussais merece un lugar aparte. Prolongó esta vía: logró expulsar la ontología de su último santuario, allí donde ella esperaba incrustarse bien, la patología. Renovando la ciencia de lo lesional y descubriendo una sede, mejor aún, un tejido para cada afección, ha puesto pues fin a las enfermedades llamadas esenciales, aquellas que parecían comprometer al organismo entero, sin que se las pueda situar de manera exacta.

El debía refutar principalmente la objeción que se esgrimía y que mantenía la duda, la existencia de exámenes necroscó-

picos blancos, la imposibilidad posterior de determinar alteraciones visibles explicativas. Entonces era suficiente con distinguir la inflamación, que desorganiza el órgano, de la **excitación**, nivel más bajo, que molesta sin dejar marcas. La enfermedad mental no deja de localizarse en el cerebro, de la misma manera que las fiebres vagas en la mucosa digestiva. Todavía aquí, Augusto Comte no ha disimulado algunas reservas; lo subrayamos contra los que persiguen con sus flechas su pretendido dogmatismo, distribuidor de censuras y de elogios desconsiderados. "No me corresponde examinar si más tarde Broussais no exageró la influencia de la gastritis y de la gastro-enteritis en la producción de los diversos síntomas mórbidos, lo que era casi inevitable... aun cuando se haya equivocado sobre la sede real de tal o cual enfermedad, esto era claramente preferible tanto para la patología como para la terapéutica, el que hubiera pensado en una sede, diferente de la verdadera, que el no haber pensado en ninguna"⁽¹⁶⁾.

Y además por muchas otras razones Broussais ilustra el nuevo espíritu científico y filosófico; incluso si la reacción de lo gástrico sobre la economía entera ha sido exagerada, no por ello dejó de percibir el papel del "simpático" visceral sobre todos los otros aparatos, comprendido allí el cerebro. Y Augusto Comte, tan cuidadoso de las subordinaciones y de las jerarquías, saluda estos trastornos que prueban la importancia de lo basal, en este caso de lo digestivo, que modifica eventualmente la personalidad. Según nuestra tesis, ¿no es necesario siempre enraizar?

Dos actitudes contrarias, aunque muy comparables, hay que proscribir: el materialismo empobrecedor, que todo lo iguala, pero también el espiritualismo, el que nos aleja demasiado de la realidad, del **examen de las condiciones** de la positividad. En los dos casos, perdemos la "existencia"

16. S. Ph. P. T. IV., p. 223. Apéndice, agosto de 1928: Examen del tratado de Broussais sobre la irritación.

misma. En el seno del sutil organismo, Broussais ha descubierto vías que religan los diversos órganos y justifican simpatías, pero liberadas de ahora en adelante de su misticismo. El no ha desconocido las importantes solidaridades. En cuanto a nuestra relación "estática/dinámica" no es cuestionada; por el contrario: si el tejido parece intacto (sobre todo el cerebral) a la inspección cadavérica, el **exceso de irritación y de agitación** toma el relevo de la lesión, ella misma fruto de la inflamación; por otra parte, se debe a veces buscar por otro lado, en lo digestivo como también en la sexualidad, los órganos generadores, las razones, es decir las causas, de un desarreglo psíquico.

Además, si es necesario no reducirlo todo, ni aplanarlo todo, por otro lado es necesario no multiplicar los falsos recortes que conducirían igualmente a la diseminación, por tanto a un empirismo encargado de explorar esos falsos dominios abusivamente separados; como consecuencia de ello, toda previsión, garantía de cientificidad, se vería impedida. Es necesario pues recusar lo cualitativo irreductible, cerrado sobre sí mismo, demasiado favorable a la desviación ontológica o metafísica, que es excelente en sustraer y en clausurar. Y es por esto que a Broussais se le debe otorgar el crédito de la feliz y victoriosa reabsorción de lo patológico en las estructuras vivientes. El exceso puramente cuantitativo no crea una novedad sino que solamente amplifica una norma que equilibra. Una vez más Claude Bernard retomará por su cuenta esta explicación-concepción del positivismo.

* * *

Con el fin de completar en lo posible nuestra presentación del eje del positivismo, apresurémonos a entrar en el territorio del sociólogo, de una sociología fundamentalmente terrestre.

Por lo demás confirmamos nuestro doble objetivo: a) por una parte, exponer, incluso cursivamente, el centro de donde

irradia la filosofía de Augusto Comte —para nosotros, la importancia que él concede a los cuerpos, a los soportes, a los lugares— sin nunca caer, muy por el contrario, en el materialismo; de aquí el interés de esta incomparable síntesis que solidarizó tan claramente los movimientos y las estructuras; b) mostrar, ulteriormente, que esta metodología ha renovado las sensibilidades y ha llevado a los espíritus a poner más cuidado en los “anclajes”.

Las consideraciones sociológicas de Augusto Comte no parecen desautorizar nuestra tesis: privilegiar los órganos que aclaran los ejercicios, no desdeñar las “localizaciones”.

Por consiguiente no nos sorprendamos con algunos vivos elogios con respecto a Montesquieu: éste descubrió el peso de la estática. Además, Montesquieu refirió los fenómenos políticos a invariantes —las relaciones fundamentales— contra la utopía metafísica que concede a los legisladores poderes ilimitados; también Montesquieu, como un verdadero sabio, no simplemente acumuló sino que ordenó y clasificó las diversas constituciones, con sus numerosas leyes; finalmente, “la única porción considerable de un tal trabajo que parece presentar alguna positividad efectiva, es el de Montesquieu en el que se esfuerza por apreciar exactamente la influencia social de las diversas causas locales continuas, cuyo conjunto puede ser designado en política con el nombre de clima”. Seguramente Montesquieu fracasó claramente —según Augusto Comte— y por numerosas razones que no podemos examinar. Pero no por ello dejó de presentir la importancia cuasi hipocrática de los países y de otros factores físicos. Por lo demás el **Sistema** volverá, de manera menos rígida, sobre la importancia de los suelos y de la territorialidad: “Una tal unión con el suelo tiende a rectificar o incluso a prevenir las divagaciones espontáneas de nuestra inteligencia, disponiéndola más a la subordinación normal de lo subjetivo con respecto a lo objetivo”, para no evocar aquí más que con una frase el aspecto de esta base social.

Otra indicación comparable, y no menos concreta y material: Augusto Comte reconoce el poder de los medios de comunicación, y a través de ellos, el de las aproximaciones de los individuos; no es tanto la cantidad de los ciudadanos reunidos la que cuenta, como su real y viva confluencia que aporta beneficios, favorece la innovación y suscita “la división de las tareas”. De esta manera Augusto Comte piensa claramente la morfología de las confluencias, de las condensaciones y de las solidaridades.

También una guerra sin cuartel ha sido declarada por Comte no solamente al sujeto en tanto que tal, en su separación existencial, sino sobre todo al que se endurece en esa situación de manera cuasi institucional, queremos decir, el nómada, el vagabundo. Por antítesis, la sedentariedad ha sido alabada, elevada al rango de un principio inigualable. Ella realiza incluso la primera revolución, la que le gana a todas las otras. Hagamos rápidamente, sobre este tema capital, un pequeño ramillete de citas, de aserciones vivas y claras.

El **Catecismo positivista** no deja de sostenerlo: “Muchos hombres estimables están aún desprovistos de la propiedad de sus muebles más usuales; y de algunos solamente tienen la de sus vestidos. En cuanto al domicilio, sabéis que la mayor parte de los proletarios permanecen más bien alojados provisionalmente que establecidos en casas en nuestras ciudades anárquicas. Sin embargo sería suficiente con descomponer en apartamentos la venta ordinaria de las casas, como se lo ve en algunas ciudades, para que cada familia popular, después de un ligero incremento en el alquiler durante algunos años, poseyera irrevocablemente su vivienda. El culto y el régimen privados determinan bastante la extensión normal de un tal domicilio, y caracterizan la importancia de su fijeza sin la cual se puede decir que la primera revolución humana, el paso de la vida nómada al estado sedentario, permanece inacabado. Ella debe incluso reaccionar sobre la estabilidad material de las relaciones in-

dustriales, suprimiendo espontáneamente una funesta vagancia...”⁽¹⁷⁾.

Por su lado, el **Sistema** lo precisa: “La existencia nómada nos es al comienzo muy natural; ella comporta mucho más desarrollo, intelectual y social, de lo que lo creen hoy las poblaciones sedentarias; por consiguiente, ella persiste mucho más allá de lo que se supone ordinariamente. Antes de que la vida sedentaria haya prevalecido, esta necesidad encuentra una perfecta satisfacción, a partir de un modo espontáneo que anuncia y prepara ese lazo final. La tienda, la carreta y el navío se vuelven entonces especies de patrias móviles, que mantienen ya una relación especial de la familia o de la horda con el medio inerte, como nos lo muestra aún el saltimbanqui errante en su carro. En efecto, el hombre aspira siempre a consolidar su frágil existencia ligándola, de cualquier forma, a las que son más fijas. Estos apoyos indispensables pueden llenar bastante bien su oficio sin que su propia fijeza sea de ninguna manera absoluta, con tal de que permanezca notablemente superior a la nuestra”.

Y cuántos otros pasajes explícitos y precisos en favor del apartamento, de la habitación, de la casa, del hogar, del suelo de la ciudad, del lugar y del medio, de la fijeza o del domicilio, de parte de un filósofo que reprobó abiertamente la errancia y lo indeterminado, que ha sellado la unión inseparable de lo espiritual y de lo material, de la dinámica y de la estática, de lo subjetivo y de lo objetivo. Mejor aún: ¡no existe progreso posible ni sentimientos sin un enraizamiento o una participación morfológica correspondiente!

No existe ninguna duda para nosotros: la sociología trabaja sobre todo en revelar la organización, en iluminar el valor de los lazos sociales, y en arrancarnos a las concepciones anteriores del Atomismo social, a las filosofías del Derecho natural o del Contrato; no se trata de aplicar

17. *Le Catéchisme positiviste*. Edición apostólica, 1891. 11ª entrevista, p. 310.

la ciencia a los fenómenos sociales, ni de instituir una especie de “Ciencia social”. Nada más contrario al espíritu de Comte; por lo demás el economicismo provoca su crítica corrosiva, no solamente porque se inspira en un método analítico y abstracto sino sobre todo porque combina el intelectualismo calculador y una filosofía del interés egoísta.

Se iluminarán los diferentes escalones jerarquizados del ser social: la familia, la profesión y el trabajo, la nación con su doble poder temporal y espiritual, la tradición. Se sabe también la importancia reconocida al ser familiar, al papel que en su seno tiene la mujer (esposa y madre) que no sabe jugar una función productora en la ciudad sino asegurar solamente la preeminencia de lo afectivo, en una comunidad de base (el hogar) donde ella detenta el poder espiritual.

En esta sociopolítica, la afectividad o el amor son más importantes que la inteligencia y su corolario, la acción porque ella cimenta más, mucho mejor que una razón susceptible de quebrar.

Por todas partes importa garantizar o asegurar los sustratos; la dinámica se limita a permitir una evolución que sobre todo no será una revolución; el progreso intensifica el orden, evita la retrogradación o la destrucción. De las dos palabras célebres, Orden y Progreso, la segunda le cede el paso a la primera, más decisiva y reguladora.

* * *

La evolución de la ciencia, el reconocimiento de las formas sociales imponen conclusiones que refuerzan la vida religiosa fundamental, tal y como Augusto Comte la definió.

Nada es más importante en su filosofía que esta religión de la Humanidad.

Lo que ha perdido el teologismo tradicional, y muy particularmente el monoteísmo, proviene de su atracción por la so-

la trascendencia, un Dios alejado y por tanto irreal, en oposición al "Gran Ser", es decir la existencia social, la humanidad real. Se trata siempre del mismo error, de la misma desviación: la abstracción, el vacío, el desarraigo.

El momento de la sacralidad no puede ser considerado como secundario; la religión significa la alianza del hombre consigo mismo y con los otros, el verdadero universal concreto. Ella corresponde menos a la sociedad que a la humanidad puesto que los muertos cuentan más aún que los vivos. Pero sobre todo, lo que la especifica se manifiesta por medio de actos, gestos e imágenes, un amplio conjunto de prácticas comunitarias, sacramentos, un calendario, un culto, un catecismo, fiestas, un sacerdocio. El Gran-Ser vive a través de la celebración del "cuerpo social"; ni evasiones, ni proyecciones imaginarias, ni idealizaciones, ni extravagancias, los ritos presentifican y vivifican esta existencia. No se los puede considerar circunstanciales, ni siquiera mirarlos como una irrisoria imitación de las solemnidades cristianas. Augusto Comte, el enemigo de una religión interior, como el protestantismo, valoriza el neo-fetichismo, la adoración efectiva tanto de los propios vegetales —primera síntesis que nos es propuesta y que los primitivos han magnificado— como de las máquinas, a las que se festejará a fines del verano, sin olvidar otras procesiones en favor de la mujer, o de la familia o de los muertos. Poco importa, pero nosotros queremos notar el papel benéfico de las ceremonias y del culto. Es necesario ligar siempre "el adentro" con "el afuera", lo sagrado mismo con los signos, la concepción con la expresión, la idea con la forma.

El que reprobó el nomadismo, la errancia, la vagancia, fuente probable de irrespeto y de anarquía, el que deseó por todas partes "fundar", no podía dejar de conceder mucha importancia al "templo" de la religión de la Humanidad, allí donde los oficios y las consagraciones se desarrollan. No era para él una cuestión anodina. Comte desciende efectivamente hasta

en los menores detalles: prevé su emplazamiento, dispone aquí y allá los bustos, las estatuas, las inscripciones; justifica su volumen como su arquitectura de conjunto, así como la orientación del edificio, en dirección a la metrópoli humana más densa, La Meca moderna, París; habla sobre los medios estéticos que adornan la fachada como el interior, los fónicos y los plásticos. ¿Por qué mencionarlo? Porque su religión pasa a través de "los espectáculos sociales" y porque es necesario sobre todo no confinarla en una adoración mental o muda.

De un extremo al otro, Comte permanece pues fiel a su método, a su intención de enraizar y de organizar, como a la de restringir la pura subjetividad; se pliega esta última tanto a lo real mismo como a los otros y es todo su movimiento, toda su filosofía: la primera subordinación abre recto el camino a la segunda, la síntesis subjetiva final. El no ha cesado de "desicologizar"; por esto inaugura una "morfológica general" y se preocupa, con una alegría tan rara y con una tan apasionante precisión, de las "implantaciones", de los sustratos y de las localizaciones. Comte se dedica entonces a justificar reformas curiosas, pero todas significativas, por ejemplo, poner fin al sistema de alquiler que golpea a los productores, tanto a los modestos empresarios como a los proletarios principalmente: "Para instituir el estado normal, es necesario que cada familia se vuelva propietaria de todo lo que sirve exclusiva y continuamente. Con respecto a los proletarios se podría condensar este principio en la posesión de su habitación".

No entraremos en el detalle del "culto" que, evidentemente, rebasa el dogma; la religión se comprende a través de las ceremonias, de los compromisos, una liturgia, ritos, una alimentación y un régimen, en resumen, todo un conjunto destinado a vivificar la comunidad a la cual pertenecemos y en la cual nos alojamos. Sobre todo, Comte debía proponer a la vez una teoría de un desarrollo seguro (dinámico) y la de un consenso efectivo; de aquí el reconocimiento del proletariado, su preocupación

por integrarlo como por ofrecerle, a través de las fiestas religiosas, el goce mismo de una comunión social.

El positivismo funda una religión de acuerdo con la industrialización, que celebrará a los "benefactores de la humanidad", los sabios (en el nuevo calendario) y los héroes. No se descuidará nada de ese cuadro ni de esas reuniones (ecclésia), que derivan directamente del corazón de la doctrina: el sentido de la tierra, del habitat y del territorio, la ventaja reconocida a las "localizaciones", el meta-fetichismo que nos amarraba ya a las producciones naturales y al mundo (sobre todo los vegetales), el gusto por la experiencia, la extrema y constante preocupación por impedir la evasión a los tras-mundos o los falsos infinitos. Augusto Comte ha vuelto a centrar todo pues sobre la noción de un culto bien regulado como sobre la necesaria sedentariidad, una especie de su existencialismo antes de tiempo.

La religión de los muertos-vivos, la teología de la liberación de los oprimidos (contra los dogmas y por el culto), el desarrollo de las fuerzas productivas y la importancia reconocida a los trabajadores: todas estas nociones se intercrucen y se consolidan. Por lo demás, el Gran-Ser significa el fin de las separaciones; equivale a un "Nosotros"; comprende por lo demás la sobrevivencia de los muertos que continúan actuando más que nunca; marca el retroceso del ser aislado, incomprensible y mistificado. Correlativamente, nosotros le concedemos valor y peso a lo que ha parecido a menudo extravagante o insignificante, o incluso mimético: las recomendaciones dietéticas del **Catecismo positivista**, lo que escribe sobre las cuaresmas y los ayunos, todo lo que va a regular la vida corporal, tan importante en la verdadera vida religiosa, que debe envolvernos. La primera entrevista lo menciona: "No es fácil reconocer la insuficiencia de todo sacerdocio (es el sacerdote el que habla a la mujer) que quiere dirigir el alma descuidando su subordinación al cuerpo. Esta separación doblemente anárquica debe ce-

sar irrevocablemente, a partir de una sabia reintegración de la medicina al dominio sacerdotal..." (Ed. apostólica, 1891, 1ª entrevista, p. 43).

O también: "la última religión provisional no pudo disciplinar el alma más que abandonando a los profanos el dominio del cuerpo. En las antiguas teocracias, que constituyeron el modo más completo y el más durable del régimen sobrenatural, esta vana división no existía; el arte higiénico y médico fue allí siempre un simple anexo del sacerdocio" (ibíd., p. 42). Se podría añadir acá todo lo que tiene que ver con las procesiones, con los sacramentos y con las conmemoraciones. Lo subrayamos: no vemos en estas recomendaciones y estas justificaciones un momento secundario o incluso irrisorio del positivismo, sino por el contrario lo que lo ilustra mejor.

Fórmula tan comtiana por lo demás: "La idealidad debe mejorar la realidad... pero es necesario que ésta se la subordine siempre, sin lo cual la representación ya no sería suficientemente fiel y el culto se volvería místico" (ibíd., p. 89).

Lo que hemos expuesto ha sido ya subrayado y comentado, pero nosotros hemos querido insistir sobre lo que religa estas tres regiones que no se desprenden y que se tocan: las Ciencias, la Sociedad, la Religión. Augusto Comte ha desarrollado aquí una auténtica filosofía de lo terrestre y de la implantación. De aquí, en parte, su defensa del fetichismo, la importancia del espacio, del medio y del lugar, la preocupación por la corporeidad, las ataduras y los afectos, es decir un amor efectivo que cuenta más que la fe, lo verdaderamente concreto, la voluntad de desposar la marcha de su tiempo o de vivir en él el crecimiento. Estos temas y otros. Quizás hemos amplificado matices pero queríamos refrescar el positivismo tan caricaturizado, por regla general, demasiado recubierto de gris; queríamos incluso modernizarlo puesto que discernimos en él reflejos de una "Teología de la Liberación", de una guerra "a la locura de lo Absoluto", de un cierto existencialismo, del cuidado por los valores te-

restres y del habitar (la casa, el lugar, el cuerpo). Un metafísico de lo real y, por ello mismo, el enemigo de las viejas metafísicas —sin fundamento, reprobadas por la ciencia como por el desarrollo, favorables también a poderes sociales que instituyen los privilegios y quiebran la realidad del "cuerpo social".

El verdadero genio teórico consiste sobre todo en ligar, en la medida de lo posible, todos los fenómenos y todos los seres". (*Catecismo positivista*, p. 193). Esta definición dada por Comte merece entonces serle aplicada.